

NECROLÓGICAS

EL PROF. ANDRÉS MARTINEZ VARGAS (†)

DR. FRANCISCO SALAMERO

La muerte del doctor Martínez Vargas representa una pérdida irreparable para la Real Academia, así como para esta Revista, de cuyo cuerpo de redactores formaba parte y con harta frecuencia y maestría colaborador. Su personalidad ha sido tan destacada que cualesquiera que sean las consideraciones que puedan hacerse, lo cierto es que fué una gran mentalidad que pudo imponerse frente a todos los obstáculos hasta alcanzar por derecho propio el título de Patriarca de la Pediatría Española: Figura que entra de lleno en la historia de la medicina contemporánea:

En el discurso homenaje que por mandato de la Real Academia pronuncié el 6 de noviembre de 1946, expuse aquellos rasgos más sobresalientes que encajan en lo que representa una de estas fiestas. Y nada de lo que allí se dijo tiene que rectificarse.

Pero al obedecer por segunda vez, y ésta por encargo de la Revista ANALES DE MEDICINA Y CIRUGIA, quiero hacerlo en otro sentido. Hoy lo que escribo ya es historia. La pequeña historia de un médico eminente que consagró casi toda su vida, y son nada menos que 87 años, al estudio, ejercicio, enseñanza y divulgación de una especialidad que nacía como tal, cuando menos en nuestro país, cuando el doctor Martínez Vargas apenas terminaba sus estudios en la Facultad. Pero la vida de don Andrés debe ser analizada también en otros aspectos, además del estrictamente médico, porque fué un hombre que pasó por éste mundo pisando fuerte y si ésta fué su intención. ¡Vive Dios que lo consiguió!

Que armó ruido, todos los médicos, políticos y escritores que tengan más de 40 años, no lo olvidan.

Se ha dicho que la mayoría de aragoneses padecían de gigantismo y que Tuvo amigos y enemigos. Aduladores que derramaban sobre él los mayores elogios hasta producirle momentos de angustiosa emoción, a pesar de que sabía soportar tanto peso de adjetivos y el incienso por mucho que fuera no le asfixiaba.

Los enemigos se lo negaban todo, incluso sus dotes de médico, y como la verdad sea dicha los tuvo siempre a raya y no podían con él, apelaron a la única arma de que disponen los enanos: el libelo, la calumnia, el descrito científico bajo la dirección de quienes tenían otras obligaciones y responsabilidades, y hasta la agresión personal.

El anónimo para todas las ocasiones, sea verbal o escrito, como descrédito profesional o como atentado a la dignidad, no significa otra cosa, antes, ahora y siempre, que una manera de expresar la ordinariez mental del autor. Pero también es cierto que Martínez Vargas se complacía excitando en Claustros y Academias o por medio de la prensa, pues era buen orador, escritor pulcro y esgrimía con soltura la polémica.

Aquellos ojos pardos, de mirada penetrante, imponían, así como su gesto; sabía ser despectivo con los pedigueños. Y tampoco le faltaba valor para decirle la verdad así fuese el lucero del alba, a quien lo merecía. Tenía la altivez clásica del aragonés de la montaña sumada al orgullo que llevamos pegado a nuestro cuerpo como propia piel todos los españoles.

Se podía estar a su lado o enfrente, lo que no había era la indiferencia. Martínez Vargas tenía el afán de mando y de figurar; pero en este caso y en casi todos los celiberos, posiblemente no representa otra cosa que un buen deseo

de superación. En cuanto a la tozudez, hay muchos argumentos para demostrar lo contrario. Me refiero a lo regional.

Fácil de palabra, elegante en el vestir y siempre aseado, sabía estar en su sitio en todas las ocasiones y cuando ocupó cargos de autoridad lo hizo con tal distinción que después de su paso por aquellos despachos puede recordarse aquello de que los hombres hacen los cargos y no los cargos al hombre.

Su vida íntima no viene a cuento. Por otra parte, ha sido siempre norma personal no entrar en ningún domicilio si no se nos invita. Las familias más prestigiosas de la aristocracia de la sangre, del talento y del dinero le abrieron sus puertas como médico y como amigo.

Trató personalmente Jefes de Estado y las figuras más relevantes del Ejército, de la Iglesia y de la Política, y conocía y se carteaba con la mayoría de las grandes figuras de la Medicina mundial, en los últimos 50 años.

Durante muchos años fué el pediatra más solicitado de nuestra ciudad. Trabajador infatigable, fué médico de gran popularidad y su fama pasó desde la Universidad hasta las familias más humildes.

Conoció el bienestar económico y social hasta el día de su muerte.

Quiso salir de su órbita profesional y entrar en el peligroso de la política militante, y aquí es donde empiezan todos sus disgustos y contrariedades, que ya no le abandonaron casi hasta el fin de su vida. Pero la política era cosa de su tiempo y también les tentó a Robert, Fargas, Rodríguez Méndez, etc. El cargo de Rector siempre fué un cargo político. Fué una época que se la ha llamado de oro del liberalismo. Se le atribuye que en sus comienzos abrazó ideas un tanto peligrosas.

En nuestros tiempos de estudiante estaba afiliado al partido monárquico y alcanzó una Senaduría por Huesca.

Español a toda vena, luchó con todas sus fuerzas contra autonomistas y separatistas en todas las épocas. La República le maltrató y en el año 1936 su casa fué saqueada, y aunque logró huir al extranjero, su hija murió en unas condiciones que repugna contar:

Su lucidez mental fué completa hasta dos o tres días antes de su muerte; así como su vigor físico y estaba al corriente de todos los adelantos científicos, pues aun publicaba y veía enfermos.

Murió como un buen católico.

Su vida médica resulta larga de contar.

Estudia en los P.P. Escolapios de Barbastro, donde nació en 1861, con las mejores notas y la carrera de Medicina en Zaragoza con Matrícula de Honor en todas las asignaturas y sobresaliente en la reválida y premio extraordinario de la Licenciatura. Tiene 19 años. En Madrid curso el doctorado cuya tesis: «Clorosis. Crítica de las teorías patogénicas» merece sobresaliente. Ingresa como ayudante en el servicio de Espina y Capó, e instigado por éste, se presenta en unas oposiciones de la Beneficencia General y gana una de las plazas entre 106 presentados.

Consigue una beca para los Estados Unidos y estudia la especialidad de niños junto a Jacobi. Pasa a Méjico, donde trabaja al lado de Carriona sobre la fiebre amarilla, presenta varios trabajos científicos que le valen el ingreso en la Academia Nacional. Regresa a España y se presenta a las oposiciones de Cátedra de Enfermedades de la Infancia, de nueva creación, y gana la de Granada. Ha cumplido 25 años. Poco después (1892) por traslado es destinado a Barcelona hasta 1931, en que por la edad es jubilado. Ha sido secretario y Decano, Rector de la Universidad.

Entre otras condecoraciones, poseía las siguientes: Caballero de Isabel la Católica, Grandes Cruces de Alfonso XII y de Beneficencia, Legión de Honor, Doctor Honoris Causa de Toulouse, Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, etc., etc. Fué secretario del I Congreso Internacional de la Tuberculosis, Presidente de la Sociedad Pediátrica Española, Correspondiente de la Mejicana de Historia Na-

tural, del Círculo Médico Argentino, de la Sociedad de Pediatría de París; etc.

Representó a la Universidad y a la Real Academia en numerosos Congresos: Nueva York y Méjico, 1888; París, 1905; Washington, 1908; Burdeos, 1896; Moscú, 1896; París, 1900, 1918 y 1924; Montpellier, 1921; Argentina, Uruguay y Brasil, 1927; Praga, 1929; La Haya, 1929; Milán, 1930; Roma, 1930; Lisboa, tres Congresos; Congreso Internacional de Pediatría, 1930; París, 1933; Jornadas Nipiológicas de Lima, 1934; etc.

Ha publicado más de 800 trabajos en revistas nacionales y extranjeras. Fundó y dirigió durante varios años la revista «La Medicina de los Niños». Su libro «Tratado de Pediatría» fué declarado por Real Orden de mérito relevante en lo científico y en lo docente por el Consejo Superior de Instrucción Pública. Recientemente publicó otro libro sobre «Historia de la Pediatría Española». Creó los cursillos de Maternología en la Escuela Normal, la póliza de protección infantil e inspiró al Marqués de Alella la creación de una casa-cuna en su fábrica y a su iniciativa se fundó el Instituto Nipiológico de Barbastro. La Puericultura fué su obra predilecta, que tanto divulgó en los periódicos con el título de «Consejos a las madres».

Ingresó en la Real Academia en 1894, versando su discurso sobre «Patogenia y tratamiento moderno de las diarreas infantiles». Le contestó el doctor Rodríguez Méndez, Catedrático de Higiene, Rector que fué de esta Universidad.

Siempre tuvo gran cariño a la Real Academia, a la que sirvió con la máxima fidelidad y devoción, incluso en momentos en que las pasiones podían levantar el polvo de la discordia. Apenas faltaba a ninguna sesión. Había desempeñado durante varios años el cargo de Vicepresidente e interinamente la presidencia en numerosas ocasiones. Presidía la sección de Historia y Literatura, así como una de las comisiones destinadas a fallar los diversos y numerosos informes que ordena la Magistratura del Trabajo. En la Cátedra, donde tantas generaciones han sido alumnos suyos, puso el mayor cariño e interés. Decía en un acto público recientemente que aun sentía la nostalgia de la Facultad, y son 17 años desde su jubilación: Martínez Vargas, como Bartrina, Nubiola, Peyri, Saforcada, Trias, han dejado un recuerdo imborrable como profesores y maestros.

Sus lecciones magistrales y prácticas siempre han estado orientadas a enseñar a los que quieren ser médicos (no a preparar opositores), y a quienes las circunstancias les llevarán a ejercer en ambientes bien diferentes. La labor de un profesor será nula y aburrida, sin mérito ni provecho, cuando tirando continuamente del cajón de las fichas y citas trate de sorprender a un auditorio que no está preparado y al cual es fácil impresionar.

Mi maestro Bartrina ya escribía hace tiempo: «El mejor tratado es el siempre elocuente, sin par verídico e inagotable libro de la clínica.» No puede silenciarse tampoco el cariño e interés que puso para que el mayor éxito acompañara al Hospital de la Cruz Roja, del cual era Director desde su fundación. Íntimamente a él en aquella casa ha estado desde el primer día el doctor García Tornel y ambos sin recelos, con afecto mutuo y bien sincero, han llevado a cabo una obra humanitaria que honra a la Cruz Roja y a la ciudad.

Escribo estas líneas en una noche agostea plácida y silenciosa que tanto invita a la meditación.

Y pienso: ¿Qué clase de reacciones tenían aquellos hombres de la época en que Martínez Vargas estaba en la edad florida? ¿Eran mejores, eran peores? Claudio Bernard, Pasteur, Koch, Billoth, Behring, etc., asombraban al mundo y éste se les rendía.

En el interior, me dice la historia, todo marchaba mal. La última Guerra Carlista, Restauración, Regencia, Filipinas, Cuba, el 98, asesinato de Cánovas, Solidaridad Catalana, etc.

Y un día del siglo xx — no importa la fecha exacta — en un restaurante de la calle Fernando, «Casa Pince», que desaparecía siendo yo muy niño, se celebraba un banquete. En la presidencia, Robert, en cuyas manos tremolaba

la bandera regionalista, y a su lado Martínez Vargas, que luchaba con todas sus fuerzas en contra. Ya en pleno banquete, Robert le agarró fuertemente del brazo; don Andrés se fija en su mirada, se da cuenta que algo grave le pasa, lo coge en sus brazos, pero ya sólo lleva un cadáver. Ha muerto del Angor que un día en plena clase se pronosticó. ¡Qué gran lección! Aquellos hombres de ideas tan opuestas eran lo suficientemente inteligentes para saberse respetar y sentarse juntos en la misma mesa. Y eran lo suficientemente buenos para que en aquel momento crítico no titubearan: el uno, para agarrarse al brazo y el otro para levantarlo.

Supieron ser lo que nosotros no hemos sabido ser en esta generación: ser compañeros y hermanos.

Fueron, por lo tanto, más inteligentes y más buenos. Las dos condiciones que tienen los hombres superiores.

La muerte del doctor Martínez Vargas nos duele porque perdemos un talento, un maestro y un amigo. Y algo más: un gran español.



Pastillas de 200 gramos con 4 divisiones
de 50 gramos cada una

Tratamientos ambulatorios

La gelatina de zinc, es el vendaje ideal para el tratamiento de afecciones quirúrgicas, esguinces, fracturas óseas y operaciones ortopédicas.

La fácil preparación del vendaje para compresión, sujeción o extensión continua, sin irritación de la piel y formación de eczemas; proporciona al facultativo la seguridad de una resolución tan pronta como eficaz del proceso y, al paciente, el alivio inmediato del dolor.

DERMOSA CUSÍ
ADHESIVA

GELATINA DE ZINC, FORMULA BÖHLER